

EL PERÚ QUE QUEREMOS

No es necesario un Mesías

En el Perú como en pocas partes ha solido prosperar la idea mesiánica, que consiste en reservar a un hombre o a una tendencia la misión de “salvar” al país. No es sólo en política donde esta manía ha sido, y es, habitual, sino aun en actividades en las que generalmente el progreso es fruto de una lenta maduración o de un esfuerzo colectivo parsimonioso y firme. Somos temperamental e históricamente proclives a entregar a una persona todas nuestras esperanzas y, al mismo tiempo, aguardar de ella la solución prodigiosa de nuestros problemas. Y cuanto más apasionado y ansioso ha sido el anhelo de ver resueltos nuestros conflictos por aquél o aquéllos en quienes pusimos la fe, tanto más doloroso fue nuestro desengaño. La reacción contra el que nos defraudó adquiere, entonces, un grado de violencia a veces injusto porque siempre es intolerante.

El error nace de pensar que nos hace falta una, “salvación” y, por ende, un “salvador”. Si bien es cierto que el país, desde su independencia, no ha avanzado tanto cuanto debiera, es verdad incontrovertible que no se trata de una nación perdida que requiera de un milagro para recuperar su destino. Hemos sido víctimas de la desorganización, de la tiranía, del abuso, del desorden y de otros males semejantes, pero podemos jactarnos de que, pese a los sucesivos errores de los gobernantes, el fervor por una vida mejor se mantiene intacto en el fondo de la ciudadanía, de la multitud sufriente y generosa. Y ese fervor es un capital del cual es tiempo de aprovechar honradamente dándole el empleo democrático que merece.

Los regímenes ciegos, los gobiernos de índole autocrática, han basado su fuerza en la idea errónea de que había que poner al Perú en marcha por medio de los métodos caprichosos que los caracterizan. En la voz de todos los mandones hemos escuchado, las mismas pretenciosas pala-

bras que expresaban el convencimiento de que la obra inconsulta se realizaba con el fin de llevar a cabo la tarea de dar al Perú el puesto que le corresponde en la historia. Contra estos sistemas afortunadamente siempre ha habido un despertar unánime, un clamor multitudinario, y a su fin se ha repetido la promesa de devolver a la patria su legítimo signo liberal. Sin embargo, muchas veces esa disponibilidad ha sido usada para reemplazar el mesianismo personal por el mesianismo partidarista, y a la postre hemos resultado maltratados por la imposición de una ideología exclusiva e inflexible. Y a ésta se ha opuesto un remedio pernicioso: el caudillo, el hombre fuerte, nuevamente el dictador.

Quizá haya llegado la hora de romper la fatalidad de este círculo vicioso. Ni el hombre ni la ideología salvadores se imponen en esta hora, sino la labor solidaria de todos, cada uno desde su posición doctrinaria, como gobernante o como oposición, en acuerdo o en desacuerdo, siempre y cuando, en la adhesión o la divergencia, se tenga en cuenta que nadie es infalible. Precisamente es en el juego democrático donde la rectificación resulta un acto meritorio, por el cual, abriéndose paso en el debate limpio, la verdad se revela noblemente. Hay un menor porcentaje de posibilidades de errar cuando una opinión emana de la mayoría, luego de que oportunamente se han puesto a juicio general los conceptos de conveniencia e inconveniencia de cada decisión. Ante todo, la responsabilidad recae sobre el país entero, no sobre la voluntad de un solo hombre, cuya figura, por la adulación y la obsecuencia, ha sido convertida en intachable.

Los males que desde hace tanto tiempo ensombrecen al Perú tienen solución. Quien no lo crea así será un derrotista. Pero dicha solución, en uno y otro caso, no se puede encontrar instantáneamente, como suscitada por una varita mágica que halla agua en la dura roca del camino. Será, primeramente, el efecto de una preocupación seria, consciente y decidida de todos, empeñados en poner al Perú en movimiento, no en "salvarlo" como antes se ha pretendido. Tal vez al secreto de nuestro progreso futuro esté en rechazar a los genios mesiánicos, tanto los que aprovechan el desorden para desenvainar la espada cuanto los que surgen desde el sufragio y aparecen como apóstoles cívicos. El porvenir dependerá de la manera cómo entendamos que somos una sociedad y que en ella ninguna contribución, por modesta que sea, es desdeñable.

Publicado en *La Prensa*, 20 de marzo de 1956, p. 8

El pleno nombre del Perú

He aquí un prodigio: decimos Perú y evocamos, como a través de un vertiginoso calidoscopio, el primigenio calor materno, la mágica infancia de los juegos, el cielo terso o atormentado de los tiempos idos, el árbol a cuya sombra alguna vez reposamos, la vieja melodía que emana de la copiosa memoria, el río torrencioso descendiendo hasta los bosques, las montañas nevadas cuya cima hiende la infinitud, el poema en cuyos versos palpita nuestra esencial razón... Y más aún: un acto impetuoso, un simple rubor, un idilio encantado, una pasión tenaz, una y mil vidas. Perú podemos llamar, por eso, a todo lo que existe dentro y fuera de nosotros y decir pan Perú, agua Perú, nube Perú, dolor Perú, amor Perú, sin que mintamos.

El buido claro nombre de la patria es también una generosa invitación. No lo concebimos como un bien exclusivo, del cual queremos gozar sólo nosotros. Es un fruto abierto para todos los que aspiran a saciar su ansia de paz y plenitud, y como refugio se lo ofrecemos a quienes quieran, con el afecto, hacerlo suyo, tal cual alguna vez nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros antepasados, llegaron a su orilla como arribando a la tierra firme de la esperanza. Lo amamos por propio y hospitalario, por nacional y humano, por americano y universal. Y queremos saber que las gentes que sueñan con encontrar la casa y el cariño familiar que perdieron, vendrán hacia este territorio de fuegos y hielos a poner los cimientos de una nueva casa y a sembrar el afecto de una nueva familia.

No ignoramos, sin embargo, que su nombre también es el hervor inicial y que, debido a ello, incluye males que sólo la maduración lenta de la historia irá desarraigando. En esos males, por cruentos que sean, está latente el tiempo venidero, que será dichoso, porque la vida se fecun-

da con dolor y las lágrimas del nacimiento son el primer testimonio de la existencia. En tanto, en el rigor de estos años, seamos héroes que luchan por modificar la realidad, mejorándola, no suicidas que rehuyen el combate y se abandonan a la muerte. Sólo así nuestra salud moral tendrá la iniciativa, moverá lo inmovible, transportará las montañas. Decimos Perú con amor y nos declaramos anónimos y laboriosos pioneros que construyen mientras caen para volver a levantarse.

Costa de soledosos perfiles en la que brotan inesperados los oasis, Sierra de tajantes cuevas donde las aguas avanzan labrando su propio lecho, Selva de abrumadoras florestas que plantas y animales pueblan de belleza y horror, vienen en la palabra Perú, nombre que habla de fabulosos recuerdos y de grandiosas posibilidades. Ayer y hoy son en él un sólo tiempo, y urbe, yermo, bosque, estepa o valle, un solo espacio. Perú, puro, nombre sin fin ni confin. En él están el hombre de la ciudad y el de la plantación, el balsero lacustre y el que traza la vía forestal, el campesino de los andenes del Ande y el que bordea las islas blancas. El mismo que urdiera la tela de Paracas, que torneara el vaso de Nazca, que puliera la piedra de Machu Picchu, que tallara el púlpito de San Blas, que pintara el Cristo cholo de los temblores, que siguiera a Túpac Amaru, a Castilla, a Piérola. El mismo hombre que viera cómo era derribado un imperio y cómo se alzara de sus restos otro, en un rito que se repetirá, amasado con sangre y espíritu, mientras el mundo gira en los espacios.

Porque entre un nacimiento y una muerte, el Perú es eso que aspira por vez primera el cuerpo que acaba de nacer y eso que exhala la extenuada carne que pasa a las tinieblas, una loca esperanza que todos los días, al poseernos, proclama que estamos aquí, en este continente que emanó de las aguas con su naturaleza brutal y delicada en la aurora de historia, para realizar un nuevo experimento de dicha humana. Perú, resurrección del hombre; Perú, amor; Perú, compromiso; Perú, deber; Perú, vida y eternidad. Cumplir, todos y cada uno, nuestra tarea, la que el nombre del Perú nos impone, será ser de verdad.

Publicado en *La Prensa*, 28 de julio de 1958, p. 14.

Una apuesta sobre el país

Para poner coto a la mendicidad —anuncia la Subprefectura de Lima— se van a comenzar a aplicar drásticas medidas. Un brigadier de investigaciones —abunda esa dependencia— llevará a cabo, para ese efecto, batidas en los sectores de la ciudad. La información de nuestro diario en que se dan a conocer estas decisiones dice, al mismo tiempo, que la madre de los cinco chiquillos que, en forma de banda, ejercía la mendicidad en la avenida Nicolás de Piérola, se halla en la miseria. Progenitora de diez niños, esa mujer completaba el presupuesto familiar (220 soles producto del trabajo del marido) con las sumas que diariamente los pequeños portadores ponían en su monedero. He aquí el cuadro de la realidad.

¿Quién hay que piense que las “drásticas medidas” y las “batidas” terminarán con el problema? La inteligencia del mundo ha convenido que, en lo que se refiere a ciertos problemas sociales cuya raíz es principalmente económica, la persecución es una solución contraproducente. El antídoto es tan malo como el veneno. Echemos mano a los niños que deambulan por calles y plazas, prohibamos que alarguen el brazo hacia nosotros por una moneda, impidamos que lustren zapatos o vendan loterías, ¿qué lograremos la postre? Que hagan todo eso a escondidas (en una especie de mercado negro de la caridad o el trabajo humilde) o que, en su defecto, se lancen desesperadamente a la delincuencia, pues lo que esos chicos necesitan es dinero para atender a sus más elementales y premiosas necesidades.

Es cierto que las autoridades deben, en primer lugar, tratar de establecer concretamente la magnitud del problema. Un censo, un inventario, proveerá de antemano de los datos que son precisos para saber hasta qué punto ese aluvión de criaturas que mendigan o se emplean en tareas callejeras, a veces hasta altas horas de la noche, es grande. Para esto

quizá sirva una indagación policial. Pero el remedio al mal tiene que provenir de un plan de reajuste social, que brinde trabajo a los padres, que consolide la vida familiar, que facilite el acceso a la escuela a los que están en edad de ir a ella, que ampare, en fin, a todos aquellos que viven al margen de la protección comunitaria. Porque, mientras no se ataque la enfermedad en su mismo foco, no nos tiene por qué llamar la atención que aparezcan en serie alarmante monstruos, depravados, criminales. Es nuestra organización la que prepara minuciosamente la proliferación de tal clase de ex hombres. La “batida” que emprenderá la Subprefectura de Lima —como la pena de muerte impuesta a los que, como culminación de una existencia dolorosa y hambrienta, llegan a los peores delitos— estimulará el trasfondo justamente resentido de esa masa que carece de techo, ropa y pan. Que carece, en suma del mínimo vital que todo ser humano requiere para ser simplemente normal.

No nos llame la atención que, en cuanto el agitador acerca la llama demagógica a la multitud, el polvorín que esta tiene en su fondo (el polvorín que constituye la miseria, que la existencia de esa niñez desvalida evidencia), se encienda violentamente. Ahí está, además, ese inexplicable prurito que hay en nuestro pueblo de destruir todo lo que representa, inclusive para él mismo, un servicio: los teléfonos públicos, el Estadio Nacional, los asientos de los ómnibus, etc. Hablamos generalmente de la incultura del pueblo peruano. ¿Por qué no pensar que esa supuesta “incultura” es, antes que nada, odio fermentado en el corazón de una mayoría que se siente ajena al progreso porque el progreso no equivale a la propia mejoría?

No estaría de más que el gobierno formara un consejo, integrado por sociólogos, pedagogos, juristas, economistas, sacerdotes, hombres y mujeres, cuyas especialidades inciden directamente en este problema, que estudiara la situación, elaborara un informe y señalara las pautas de un procedimiento integral para acabar, a la larga, con la injusticia social reinante. Sin demagogia, hay que apelar al corazón de la sociedad, a sus instituciones y personas representativas, para paliar esta crisis y evitar así que, al seguir creciendo, vaya a convertirse en una inmensa, incontenible ola de destrucción. Los enemigos de la Democracia no pierden el tiempo, y la única manera de conjurar su obra es adelantárseles y ser más activos y eficaces que ellos. Se trata de un juego, por decir lo menos, cuya apuesta es el país mismo.

Publicado en *La Prensa*, 7 de julio de 1958, p. 10.

Hacia una cultura sentimental

A mucha gente le gusta caracterizar al Perú y lo peruano con un clisé de origen turístico: un indio que toca quena, al lado del cual hay una apacible llama. La composición es antipática debido al simple hecho de que, por manida y superficial, no significa nada. Lo peruano es otra cosa, tal como es otra cosa lo argentino con respecto al gaucho cebando mate en medio de la pampa y lo mejicano al charro que, pistola en mano, no deja vivo a ningún títere con cabeza. ¿Qué es lo peruano? El cronista no tiene humos como para pretender dejar establecida, en una nota periodística, la solución de un enigma tan problemático, pero puede señalar ciertos rasgos que se le imponen como notorios en el temperamento y la conducta de la gente de acá.

Pongamos de lado, ante todo, lo que constituye mero signo pintoresco: ropas, melodías, alimentos, costumbres, etc., y acerquémonos al fondo de la incógnita. Somos una comunidad humana, encerrada en un territorio disímil y contradictorio, que reconoce, por encima de las diferencias externas, un conjunto de íntimas manifestaciones comunes. Es todo aquello que, mejor que nada, puede ser denominado historia. Historia, entonces, cualesquiera que sea la circunstancia que nos separe, es lo que tenemos como suelo espiritual consabido, sobre el cual nos movemos y actuamos. Entre dos peruanos, como entre dos ingleses o dos chinos, no necesitamos explicarnos ciertas cosas. Las sabemos de siempre, pues se hallan como infusas en nuestro ser, tomadas las raíces en la última instancia, la más honda, de la conciencia.

De ahí que todo lo que requiere una aclaración previa, pertenece a lo exclusivamente individual. Por ejemplo, si nos encontramos, en algún lugar extraño del mundo, con un compatriota que no considere a la amistad, además de un sentimiento virtuoso, una verdadera alianza con rela-

ción a la cual sucumben las más radicales discrepancias, es evidente que ese individuo carece de uno de los signos típicos de la personalidad nacional. Porque, a decir verdad, el carácter institucional de la amistad es en el Perú tácitamente acatado por todos los que intensamente conforman el país. Aquí se puede decir: “La amistad, como la nobleza, obliga”. Dondequiera que ella se dé, siempre implica un deber genial. Se trata de una especie de amor, y el amor acepta la penuria.

Y es que somos fundamentalmente sentimentales. Toda actitud razonadora, de cálculo rígido y fría previsión, no nos es natural. Nos gusta dejar librado al azar de las emociones mucho de lo porvenir, porque en la oscuridad la pasión, como el faro pirata de un auto nocturno, nos señala inesperadamente un derrotero por sobre cuyos obstáculos, gracias a dicha luz, pasamos sin peligro. Y así como nuestro futbolista —para poner un ejemplo popular—, por lo general desganado y lento, de pronto se ve poseído por la fantasía y la intuición más esclarecedoras, cualquiera en cualquier actividad prefiere esperar el repente milagroso, en vez de planear, ante una realidad hostil o difícil, la conducta racionalmente adecuada al momento. Un negocio, una novela, un acto político, etc., son frutos de esta ráfaga mágica. Procedemos como los poetas, ayudados por una angelical presencia que actúa en las tinieblas. El sentimiento nos brinda así una regla, inestable, pero brillante. Encontrar un peruano que no sea sentimental y que, por ende, no reserve a esta romántica fuerza sus éxitos, es hallar, por eso, un personaje en cierto modo exótico.

La riqueza sentimental es obra del tiempo. No es este un país joven, desaprensivo y regocijado, que vive como el ave que, por primera vez, abandona el nido materno. Ha volado muy alto, ha caído y se ha vuelto a reponer varias veces. De un lado, recibió la herencia de un pueblo cuajado, que fue reducido a la esclavitud cuando pulía la piedra monumental con refinado empeño y que soterró tras su austero silencio una sabiduría que emana ahora gravemente dentro del pecho de sus descendientes puros y mezclados. Y de otro, ha aceptado el legado de aquellos que impetuosamente quisieron destruir el pueblo original y fueron absorbidos por él, con todo su arsenal de ideas y energías, hasta perder su nacionalidad. De entrambos, en la violencia, surgió el nuevo rostro, tramsunto de una nueva alma, joven por insólita y anciana por la doble vertiente experimental que formó su sangre de hoy, que será su sangre de siempre. Un poco escéptico, un poco débil a la ternura, un poco de vuelta de muchas aventuras en las que comprometió su existencia, el país —el hombre del país, en fin— no confía mucho en las recetas tenidas como

infallibles, y parece preferir la libertad que permite lanzarse a una cumbre porque en ella adivina una sorpresa feliz, o quedarse quieto a la espera de la oportunidad precisa para emprender esa conquista. La elección ante la alternativa queda reservada al poder de la intuición, esa fuerza de que dispone el corazón cuando es maduro.

Desde muy antiguo se ha dicho que América —y en ella el Perú— era el continente del instinto, la tierra húmeda donde prevalecían las oscuras potencias de la creación, tal vez porque se confundía la energía pasional, que tiene al amor como guía, con la violencia animal con la que, a veces, aquélla se da. Aquí se está formando una suerte de fenómeno histórico que algún día admirará el orbe, el cual podrá ser llamado, sin rubor y tal vez orgullosamente, cultura sentimental. Los clisés tradicionales, entonces, serán reemplazados por una imagen universal que simbolice el heroísmo.

Narcisismo y emoción social

Al escritor que no se haya enterado —dice Daniel Rops— que la miseria existe, que hay hombres que sufren y no por su culpa, le faltara siempre algo. “Torre de marfil, juego gratuito, la literatura, —añade el ensayista francés— no podrá ser nunca tal cosa si se han visto correr lágrimas por el rostro de un niño, si se han contemplado las hileras de desocupados a las puertas de los asilos nocturnos”. El concepto se puede extender a la idea del ejercicio de cualquier oficio: el médico, el abogado, el ingeniero, etc., que carezcan de sentido social, que actúen en su campo impermeables a los problemas generales que afectan al hombre, serán seres mutilados. Casi es inconcebible hoy un profesional o un técnico que viva y trabaje abstraído de la existencia colectiva, porque ello sería hacer resucitar, con vestidura contemporánea, el vanidoso Narciso del mito.

Sin embargo, los hay. Conocemos alguna gente que se llama culta, que exhibe en su despacho un diploma universitario, que cumple una función pública y que, no obstante todo ello, se manifiesta indiferente al drama social del mundo y, lo que es más grave, al de su país. Tal actitud se puede atribuir a diversas causas. Primero, sin duda, a la educación. Si desde joven, desde que fue formado, nadie le inculcó a cada individuo el principio de que la desgracia de los demás es, en cierto modo, la propia desgracia, y si se le dijo que la meta final de todo esfuerzo es la riqueza, y el poder, no importa en complicidad con quiénes se consigue, dicho individuo no está en condiciones de encaminar sus propósitos a otro fin que el establecido por la escuela en que se educó. Son los que hablan de la “lucha por la vida” como asunto personal, los que sostienen la teoría de que ser rico o pobre es cuestión de habilidad y azar, los que creen en la falacia del destino o la fortuna trazado de antemano, quienes pertenecen a este género de egoístas que levantan, habitan y defienden su torre, de marfil.

La insensibilidad social tiene un correlato de consecuencias nefastas inmediatas: la indiferencia política. Quien cree que las cuestiones que plantea la miseria no atañen a toda la comunidad, desde sus conductores hasta las mismas víctimas de esa injusticia, concibe la política en dos formas: como competencia deportiva, cuyo objetivo es obtener una situación destacada en el plano del éxito mundano, o como desagradable y peligrosa aventura, de la cual mejor es, para mantenerse cómodo y satisfecho, no participar. Aquélla es la idea parasitaria de la política, ésta la idea antiséptica. Ambas, cada una a su modo, implican el nocivo efecto de que la convierten en algo ajeno al destino de bienestar común que la política sana y positiva tiene.

Todo individuo debe poseer una opinión: esto es obvio. Una opinión sobre religión, economía, arte, derecho, ciencia, etc. Y debe tener, también, una opinión sobre la manera de gobernar el país del cual es y al cual está ligado. Puede ser conservador o socialista, demócrata o fascista, ya que, si se es sincero, las denominaciones son relativas al método que se prefiere para hallar el camino hacia el buen orden y el progreso. Cuando las ideologías, en cambio, están determinadas por el interés personal, cuando son etiquetas que responden al objeto de mantener ciertos privilegios, regalías o prebendas, comienzan a ser peligrosas. Y lo son fundamentalmente cuando no anima a los ideales la emoción social, el deseo de acabar con los abusos, la fe en la mejora material y espiritual de los más necesitados. Derechista o izquierdista, el ciudadano que no se siente desgarrado por el hambre, el abandono, el despojo y el dolor de las mayorías, es un traidor.

De ahí que, así como Daniel Rops —y cientos como él— no concibe al escritor que no pone su pluma al servicio de la gran causa humana, sea imposible pensar en un profesional, en un creador de cualquier índole, que al realizar su obra personal no la lleve a cabo en el corazón atento al beneficio de la sociedad en la cual ella va a estar. Si hay un signo de esta época, un signo realmente magnífico, es que todo trabajo de fines exclusivos, toda labor de carácter abstracto, toda suerte de narcisismo, produce horror. La historia nos ha dejado por lo menos una lección: somos todos los hombres un solo cuerpo, que es absurdo e inútil imaginar fragmentado.

Publicado en *La Prensa*, 17 de febrero de 1956, p. 8.

El heroísmo que nos falta

Se suele oír decir que la precoz inteligencia del peruano se agosta prematuramente. La mayoría de nuestros hombres capaces —se insiste— parece no tener, salvo excepciones, una definida meta, entendida ésta como la culminación victoriosa de una obra de sucesivo acendramiento. Cortan la carrera de los intelectuales —y caben bajo esta denominación genérica todos aquellos que, desde el filósofo hasta el político, actúan movidos por el pensamiento creador— la temprana esterilidad y, consecuentemente, el suicidio. Suicidio puede llamarse, por supuesto, el abandono a que se echa el talento y sus disposiciones cuando un ser se hace negativo, voluntariamente se da a la mediocridad próspera o depone su rebeldía para ingresar en el vano juego de los conformes. Un modo más de la eliminación de sí mismo es el destierro de la propia comunidad, la huida real o imaginaria del propio origen.

El problema es un problema de confianza, de fe. Perdidas ésas, el hombre que en su juventud alimentaba una idea optimista de la existencia, se hunde en el derrotismo. Todos a los veinte años queremos hacer, reformar, revolucionar. Bien pronto nos damos de manos a boca con la realidad. Eso es más difícil de lo que creíamos. La turbiedad del mundo en que vivimos, sus injusticias y dolores, nos envuelven, nos cierran el paso, se oponen a nuestros proyectos constructivos. La barrera de intereses, levantada a través de largos años, entra en conflicto con nuestros ímpetus. Entonces, hay dos caminos: o se aceptan las cosas tal como son, o no se aceptan.

El primer camino es el más fácil de emprender, pero es, al mismo tiempo, el más humillante. Consiste en desarraigar de sí todo ánimo levantisco y transformador, y rendirse con armas y bagajes a lo que, malo o bueno —siempre más malo que bueno—, está ya establecido. Es la

decisión de los que permutan el talento por el bienestar material: un puesto respetable, un negocio seguro, una situación destacada, a cambio de la opinión, del inconformismo, de la libertad en una palabra. Entonces, cuando al modo de la historia bíblica se ha vendido la primogenitura por el plato de lentejas, vemos que el joven impetuoso se torna en el adulto cínico, en marcha hacia el anciano necio. Se trata de acatar todo lo que, aun cuando en el fondo se juzga inconveniente, permite el goce de los dones que tan cobardemente se han mercaderado. Surge el esclavo de las circunstancias, el siervo de los compromisos, la víctima voluntaria de la mentira hecha institución.

El otro camino se bifurca. Rechazar la realidad puede significar no quererla ver, apartarse de ella, encaramarse en una torre distante, o luchar por el contrario en tierra, con los pocos medios con que se cuenta, contra lo que anda defectuosamente, contra lo que hace daño, contra el yerro consagrado. El evasivo —exquisitivo o maldiciente— tiene su drama y, por más que quiera disimularlo, lo lleva consigo como un estigma, impreso en el rostro, en el alma y en la conducta. Él niega, pero se encoge de hombros. “Aquí no hay nada que hacer”, dice y repite, con el fin, es evidente, de eximirse de las responsabilidades que en la intimidad sin pausa lo corroen. Entre la afirmación y el rechazo, semeja una aguja magnética inquieta, móvil, jamás detenida en un polo o en el otro, en el sí o en el no. En tanto, el que asume su deber, el que se propone luchar en el terreno vocacional y profesional por la destrucción del sistema reinante y, en consecuencia, por el progreso de la comunidad, confronta una tragedia que, paradójicamente, podemos llamar feliz. Tiene sentido, sabe dónde va, y su conciencia le dice que cada paso que da, por insignificante que sea, es una conquista. Esfuerzo tras esfuerzo —lo que vale decir éxito tras éxito y derrota tras derrota— fractura el muro del error. Por la pequeña fisura que en él abra, pasaren los que, detrás, vienen. Es éste el verdadero creador.

Tenemos esbozadas tres trayectorias o para ser exactos tres destinos. El primero es el de los que Basadre ha llamado, con implacable rigor, los ventrales. Trasladan el espíritu al estómago y terminan genuflexos ante las dictaduras, satisfechos ante la miseria, agradecidos del “orden” que sustenta el interés particular sobre el dolor general. El segundo es el de los aislados. Su suerte está echada: vivirán hechos una zarza ardiente, buscando la soledad, pero rodeados, dentro de sí y fuera de sí, de todo aquello que abominan por amor, y en las llamas de esa zarza, inútiles, se consumirán. El alcohol, las drogas, el resentimiento o

la frivolidad, cualquier otra clase de horror físico o moral, será el último refugio en donde hallarán su triste final. El tercer destino no merece un especial apelativo: corresponde al hombre cabal. No es el del éxito visible, el del honor y la gloria oficiales, mas constituye, a la postre, una simple y maravillosa simiente que florece, se multiplica, vuelve a florecer y cunde.

Ninguna obra tiene sentido si no es constante, si no se suscita a sí misma. El acierto de la mocedad carece de valor y trascendencia cuando se queda en ello. Y en un país —y es un caso característico en toda Latinoamérica— en donde la precocidad es tan frecuente, lo que realmente hay que agradecer y admirar es el empecinamiento de un hombre por ser siempre tan natural y fresco como en los primeros años, tan limpio y frutal como en el albor de los años, tan puro como cuando la inexperiencia le inspiraba el espejismo de que existir era dar y recibir sin ninguna condición. He aquí el heroísmo que nos falta promover tenazmente.

La juventud y el derecho a obrar

El lugar común proclama que la juventud es una fuerza digna, de participar, con su bagaje de entusiasmo e ímpetu vital, en la marcha del país. Dicho tópico lo dicen y repiten todos aquellos que, generalmente por rutina, escriben o hablan de política. No es reciente el uso de esa idea, que tantas veces se nos ofrece como meramente adulatoria. La verdad es que hay muy pocos que la expresen con la convicción de que es necesario dar a los jóvenes una oportunidad de intervenir en la obra de gobierno, la cual es, sin duda, la de crear una patria “firme y feliz por la unión”, como lo decidieron los fundadores.

El hombre joven que escucha al político profesional afirmar la urgencia que hay de que él entre en la liza de la política, sabe que le están tendiendo una vieja trampa o, en el mejor de los casos, que están agitando ante su vista un señuelo mañoso, a cuya tentación no está dispuesto a ceder. Se ha preparado para la vida en una profesión o un oficio, ha estudiado y leído con mayor o menor tesón con el fin de impedir en su personalidad las fallas y lagunas de que padece la educación oficial, se ha entregado a su labor con un sentido social que se acrecienta en el ejercicio de las tareas específicas, y sin embargo, aunque sepa que está listo para contribuir con sus conocimientos al mejoramiento de su comunidad, es relegado o puesto al margen. Su condición de joven es, en sí, sospechosa.

Para que la invitación que le hacen los politiqueros pueda ser aceptada, el joven sabe que hay condiciones. Una de ellas es adoptar la postura genuflexa que exigen los gobernantes tradicionales, la actitud conformista aun contra sus principios y conceptos, la rendición absoluta a la voluntad del poderoso. Vender su juventud —que es primogenitura— por el plato de lentejas. Si admite la oferta, se prohíbe, de hecho, el decir

no. Y una juventud que, cuando lo siente de veras, no sabe negar, ha perdido su condición de tal, ha envejecido de pronto, como aquellos personajes de Milton que, al traspasar la frontera de la ciudad sin muerte, se convertían en débiles centenarios.

Como no se le da ocasión a poner su contribución en la obra nacional y porque fermenta en él la rebeldía propia de la edad, el joven, entonces, se hace “subversivo”, para usar la jerga de los comunicados oficiales. Pero ese término no significa, libre de sus implicaciones amenazadoras, otra cosa que descontento con un estado de cosas que sustancialmente lo excluye y excluye, por ende, a la capacidad, a la renovación, al progreso, a la vida, en una palabra. Su situación de enemigo del orden —es decir, de enemigo de las fórmulas vacías, de los procedimientos inútiles, de los hechos falsificados— lo conduce, a ser un perseguido o un indiferente.

Y esto es lo que es hoy la mejor juventud peruana: perseguida o candidata a ser perseguida, o indiferente. Esto último por miedo, por obligación o por angustia. Descontamos por cierto, a ese sector que ha preferido olvidar sus derechos y sus obligaciones para darse de cuerpo entero a los apetitos, a las diversiones, al lujo, gente que, también por culpa de la exclusión, ha caído en una ciénaga de la cual es difícil librarse. Los “congelados”, los “podridos” y los “incendiaros” de que habla Basadre, son las tres categorías de ciudadanos a las cuales, irremediablemente, está condenada la juventud del país.

No creo que haya un solo joven consciente que suscriba la destructiva frase de González Prada de “Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra”, porque ella tiene un aire de resentimiento que el alma limpia naturalmente rechaza. Cada cual se morirá a su tiempo y nadie tiene en sus manos el poder de determinarlo de antemano. Pero sí es posible exigir, porque la vida es un argumento incontrovertible, que a los jóvenes se les otorgue la posibilidad de cumplir con una misión creadora, aun contra la oposición de quienes la temen.

Publicado en *La Prensa*, 5 de enero de 1956, p. 8.

El hombre no es egoísta

Se sostiene que el hombre es esencialmente egoísta y, aunque no se demuestra semejante aserto, cometiendo una garrafal “petición de principio”, como califica la lógica dicho vicio del discurso, se concluye con aire triunfal que el liberalismo es la doctrina perfecta y que la llamada economía libre es realista y humanamente eficaz. Salvo unos cuantos seres privilegiados —se dice—, capaces de ser santos, el resto de la especie es una manada de lobos. El Estado, en consecuencia, está formado por tales fieras, y si se le encomienda una tarea directriz y organizadora se transforma en una jauría prepotente que termina por comerse a los demás. Por ende —continúa el razonamiento del nuevo maniqueísmo—, la solución para que el *Estado-lobo* no se coma a los *ciudadanos-lobo* es que toda la lobería quede librada a su propia suerte y que, en dicha situación, cada cual se devore a su gusto. La *República-lobuna*, entonces, será feliz. Habrá lobos ricos, lobos medios, lobos pobres y lobos miserables. Éstos “contrapesarán” con su terrible rencor de débiles la opulencia de los primeros, en tanto los que están situados a medio camino servirán a algunos y harán la vista gorda con los otros. Basado en el supuesto conocimiento de la naturaleza y la realidad, este esquema —según el exegeta más calificado del liberalismo en estado puro— se sustenta en el mefistofélico egoísmo que es el meollo moral del hombre, cuya general gravitación funcionaría en la vida económica y social del mundo.

Si aquello no hubiera sido, con otras palabras, dicho totalmente en serio, se podría creer que el autor del mencionado diagnóstico le toma el pelo a sus lectores. Lo que está difícil es que haya alguien que crea que el ser humano es el monstruo devorador que se nos pinta en aquel cuadro presuntamente verista. El hombre, en verdad, no es bueno ni malo: elige el bien o el mal y se responsabiliza ante Dios, ante la sociedad y ante sí

por esa elección. Si se hace egoísta, es porque el éxito está condicionado, debido a la estructura comunitaria, por la conducta cruelmente individualista. El liberalismo no se funda en que el individuo vive sólo para sí, sino que por el contrario, empuja a los humanos a ser cerrados, antisociales, mezquinos e indiferentes al bien común. Cuando se traza un boceto de la existencia como el que en el primer párrafo se expone, el partidario del llamado libre economismo, por ignorancia o por malicia, mira el proceso de revés y toma los resultados como principios. De ahí que sentencie que el marxismo es “idealmente perfecto”, cosa que no es cierta, para deducir luego, santurrónamente, que es inaplicable.

Para el verdadero demócrata, para el demócrata humanista, que piensa en una libertad que no conduce al abuso, liberalismo y marxismo son siempre imperfectos. Ni que el estado se convierta en un policía que sólo reprime los escándalos y las riñas, ni que el estado se torne en una maquinaria que todo lo absorbe y tritura, son los extremos que quien ama de veras la democracia y cree en su fuerza rechaza con igual energía. Un demócrata humanista pone en primer término al hombre —ni ángel ni demonio— y lo defiende de ser reducido a la nada por las oligarquías egoístas o por el estatismo egoísta. Lo cual significa que vela porque sea libre no sólo políticamente, sino también social y económicamente. Libre, por igual, del aparato del partido único, de la ideología única, del régimen único, y del sistema de los *trust* únicos, de los potentados únicos, de los privilegiados únicos de casta, clase o camarilla. Si en el orbe el péndulo de la crisis fluctúa entre ambos extremos, ello no significa que, al fin, la solución no vendrá cuando la humanidad reconozca que son los egoísmos los nefastos, en especial aquellos que proponen su propia imagen como la real del hombre. Imagen falsa, pese a toda la elocuencia con que se la defienda, quien sólo puede considerar verdadera quien la ha extraído de su personal y lamentable introspección

Publicado en *La Prensa*, 9 de junio de 1959, p. 2.

“Hay, hermanos, muchísimo qué hacer”

Más de tres columnas abarcaba el domingo, en la primera plana de *La Prensa*, la noticia de que Bertrand Flornoy ha descubierto en Tantamayo, cerca de Huánuco, unas extraordinarias ruinas preincaicas, cuyo estudio revelará fases hasta hoy desconocidas del pasado peruano. Somos un país —puede decirse, a propósito, una vez más— colmado de posibilidades creadoras para todo aquel que, en especial en el campo del conocimiento, quiera entregarse seria y generosamente a una tarea fructífera. Aquí no cabe ninguna disculpa que acuse mañosamente al sinsentido o a la gratuidad de la existencia, pues a cada uno nos está reservada una misión necesaria. Esa información, como otras tantas de otros días, proclama a su modo la patética consigna de un memorable verso de César Vallejo: “... hay, hermanos, muchísimo qué hacer”.

La conciencia de que a todo individuo corresponde entre nosotros una obra es lo que, cuando se consolide nuestro ser nacional, nos hará adultos. Por ahora, lamentablemente, sólo una minoría de los jóvenes que egresan de los colegios y las universidades saben a ciencia cierta qué puesto han de ocupar en la sociedad. La generalidad vaga en el vacío, desorientada y triste, hasta que se asimila a la corriente vulgar de un destino sin glorias. ¿Por qué? Tal vez, en primer término, a que no se educa al adolescente en la idea de que nuestra imperfección es consecuencia de nuestro propio desconocimiento. El juego de la vida se plantea en términos demasiado hedonísticos: estudias para tener un título, tienes un título para ganar dinero, tienes dinero, para ser feliz. ¿Qué es, según esto, la felicidad? Sólo placeres, lujos, diversiones, etc., cuando no el poder, esa especie de vara de Midas que convierte en oro todo lo que toca. Las profesiones liberales o tradicionales, mercantilizadas como están, no son siempre un apostolado por la, justicia, la salud, el bienestar

social, sino una mercadería de cuya mañosa administración se saca el mayor provecho.

Sin embargo, el país ofrece un vasto campo a innumerables profesiones menos comunes y enormemente más indispensables. Prescindamos, por ahora, de lo que atañe a la investigación científica —que el joven ha aprendido a desdeñar en la falsa imagen del sabio que devora las hierbas que otro sabio arroja, conforme la famosa décima de Calderón— y vayamos al terreno de la técnica. ¿Cuántos técnicos hacen falta aquí? Cientos, miles, tal vez más... Las proporciones, no obstante, de quienes, concluido el ciclo escolar, se dedican a carreras que importan a la industria, a la minería, a la agricultura, son ínfimas. Un mecánico —cuántas veces más útil que un abogado que, traicionando sus votos, urde trapacerías y leguleyadas para obtener un beneficio ilícito— carece de la consideración social que merecen otros profesionales, cuya labor es apenas visible y eficaz en la comunidad. Eso, simplemente porque a su nombre no se antepone esa suerte de galardón nobiliario que es el “doctor”, al cual hemos aprendido a reverenciar en sí y por sí.

En lo que respecta a la vocación que podríamos denominar de tipo intelectual, ésa que se manifiesta por la inclinación hacia las tareas puras, especulativas —abarcan una gama que va desde el artista hasta el entomólogo—, el panorama es negro. Valga, para demostrarlo, una anécdota. Hace poco el cronista fue preguntado por la carrera que había escogido cierto amigo. “Estudia psicología”, respondió a la cuestión. Una sonrisita escéptica y un gesto de desconfianza, fueron todo, el comentario de quienes indagaban. Lo mismo habría sucedido si la contestación hubiera señalado cualquier otro oficio noble y positivo: etnólogo, filósofo, bibliotecario, urbanista, sociólogo, etc. Hay una presión social, determinada, por la general ignorancia, contra la afición a temas que no sean los códigos, las dolencias, las construcciones o cualquier otro tenido colectivamente como lucrativo. Se trata de una manera sorda y fatal de crear gentes descontentas con su propia actividad, resentidas contra el mundo y ansiosas de superarlo por el medio más rápido y menos escrupuloso. En este orden, por supuesto, se halla la predilección espiritual hacia el arte y la ciencia por sí mismas, hacia la sabiduría en suma, que la mentalidad común concibe como el camino más corto a la miseria. Quizá lo sea en un medio como el nuestro, pero como es imposible segar dicha aspiración ahí donde ella se dé, urge imponer el principio de que la dicha de un hombre radica principalmente en que se sabe en su camino y rumbo a una meta, a pesar de los obstáculos y las penurias que para alcanzarla tenga que vencer.

No es posible pensar que en el Perú del siglo xx haya personas que digan, abrumadas por su inconformidad consigo mismas, que aquí no tienen nada que hacer. La desadaptación —el cronista está convencido de ello— tiene su origen, en primer lugar, en la frustración vocacional. ¿Acaso, si no, muchos peruanos no habrían querido la felicidad de que Bertrand Flornoy, gran amigo de nuestra patria, ha gozado al descubrir los bellos y valiosos monumentos de Tantamayo? Recordemos, como un justo consuelo, que tal como esos restos del ayer hay en el cuerpo y en el espíritu del Perú mucho oculto, a la espera de quién lo ponga a la luz. Mucho, además, que a diferencia de dichas ruinas, no es testimonio de un pretérito, que hay que conocer, sino creación del futuro, que hay que conquistar.

Agitadores y agitados

Se oye hablar y se escribe ahora con frecuencia sobre la labor de los agitadores. Existe, en verdad, gente al servicio de determinada doctrina política cuya tarea es la remoción social. La hubo, quizá, siempre, antes de que aparecieran las tácticas modernas de acción política, las luchas partidistas, la estrategia revolucionaria. Agitar, en esencia, quiere decir soliviantar a la ciudadanía, mover su fondo oculto de desagrado, rencor o frustración para lanzarlo en cierta dirección y con un propósito definido, a veces ajeno a los anhelos de la masa que reacciona favorablemente al estímulo del propagandista. La referencia a esta clase de labor socavadora de la estabilidad no está descaminada, pero se olvida generalmente al aludir a ella, que los agitadores carecen de importancia si no hay agitados, individuos susceptibles de ser agitados. No hay explosión si el fuego inocente de un fósforo no se acerca a un polvorín. No hay agitación, por ende, si la palabra de rebeldía y protesta —interesada o no— no se aproxima a una materia humana inflamable o, lo que es peor, fulminante.

Y en el Perú los agitadores se hallan en su vergel por la simple y llana razón de que el descontento pulula y se multiplica rápidamente. No es, como pudiera pensarse, un descontento pasajero, fácil de solucionar con medidas inmediatas y más o menos administrativas. Se trata de algo más profundo y trascendental, imposible de remediar con la fórmula de “pare usted la emisión de billetes, desbroce la burocracia, amarre los pantalones de la mayoría y deje el campo liso para que cada cual se libre a su juego”. La receta liberal que aconseja, a la postre, poner al estado al margen, rechazar toda planificación —o planeamiento, que el término expresa lo mismo, más allá de los pruritos casticistas— que proceda de él y entregar la marcha de la comunidad a los azares de la cari-

dad de los económicamente poderosos, es la fuente de los males que el agitador desea para agitar.

¿Cómo se puede impedir, por Dios, que en un mercado de Lima o cualquier otra ciudad peruana, ante la carestía de los víveres y la insuficiencia de la moneda, ante el lucro de los intermediarios y la impotencia de los consumidores, el agitador no sea escuchado y seguido? La autoridad pone preso al agitador, y aparece otro, y otro, y otro. Los agitados, pese a la labor policial, continúan ahí, en donde está el campo propicio al quehacer desquiciador. Se dice que planificar, lo cual equivale a ordenar, es exponerse a la corrupción de los funcionarios que controlan el cumplimiento del plan, porque la naturaleza humana es egoísta. Aparte de que esa afirmación es controvertible desde el punto de vista antropológico, filosófico y aun religioso, ¿acaso dentro del sistema liberal (“dejar hacer, dejar pasar”) está el correlativo para aquel supuesto egoísmo que hay que hacer, si tal vicio es innato a la persona humana, que invalida la intervención estatal? Lo primero, en efecto, es vigilar que no se ejerza en desmedro de los débiles y castigar a quien sea la parte del león en la distribución de la prosperidad.

La libertad de los economistas liberales ha producido —y esto no lo pueden negar sus abanderados a destiempo— los abismos sociales, que son un abuso. Donde el liberalismo ha sido enmendado, no hay agitadores porque no hay agitados. En tanto, en donde tal ideología se ha adoptado con todos sus aderezos manchesterianos, la agitación halla su paraíso. Las masas se dejan arrastrar por las arengas del propagandista bajo consigna cuando esas arengas le tocan el corazón (o el estómago) y, tras una verdad, que ellas sienten y comprenden, se lanzan a la aventura del asalto, el saqueo o la mera destrucción gratuita. Al fin sirven causas ajenas, pero ello no es de su responsabilidad. La responsabilidad toca a los que crearon, ampliaron e hicieron estable una organización injusta. Cambiemos la organización y eliminemos los posibles agitados, y la agitación será un oficio absurdo.

Publicado en *La Prensa*, 3 de junio de 1959, p. 2.

El Perú: un destino previsible

Tal vez, la historia peruana de estos días sea vista por los hombres del futuro como una suerte de vórtice de ardientes contradicciones. Ésa que entrevemos como dichosa generación considerará al Perú de hoy como resultado de un proceso que es, sin duda alguna, el de una lenta maduración. Al pesimismo que en algunas voces expresa su desconfianza en el logro final de la vida pacífica y feliz hay que contraponer la tenaz convicción de que, aun en los más desalentadores desastres persiste el proyecto de la patria intachable que anhelamos. Oponerse a la desazón que nos ahoga cuando creemos estar ante un fracaso, es un deber. Y es, sobre todo, un deber juvenil. El tiempo, la historia en verdad, parece correr ciegamente, pero nuestra lucha, nuestro empeñamiento, nuestro sacrificio, dejan un sedimento que se afirma sólidamente. Las contradicciones que hierven en el crisol de la actualidad se funden y conjugan en un juego de rechazo y atracción que no es otra cosa que la constancia inminente de una vocación que tiene una insoslayable meta: la Democracia.

Cada peripecia política, y cada sorpresa que en sus hechos se da, contiene la posibilidad de la última solución. No ha habido en la experiencia humana, de otra parte, nacionalidad —y al decir nacionalidad se dice cultura— que no haya costado el duro precio que a los peruanos nos está costando el Perú. Eso, además, lo hace más nuestro, porque lo hace emanar de nuestro dolor y de nuestra sangre. Tener la patria como propia es haberla obtenido así, no como préstamo sino por conquista vital. Y los que nos extienden la factura son precisamente los que contradicen ese destino, los que intenten retardarlo, los que se empeñan en hacer subsistir los errores y los defectos que combatimos.

Ha tenido prosperidad insospechable la idea de que el Perú es un país imprevisible. Aparte de que la historia no registra el caso de una

nación cuyos acontecimientos fundamentales hayan podido ser determinados de antemano por medio de una clave, eso quizá sea legítimo en lo anecdótico y contingente, mas no, por cierto, en lo esencial. En tal orden, desde los orígenes de la República —y probablemente más atrás— es posible descubrir cómo hay una cima que se trata penosamente de alcanzar. Siempre hallaremos en la memoria del Perú el grito que reclama una organización justa donde sea uno solo el punto de partida para todos los ciudadanos en su quehacer por crear y dejar de herencia un fruto útil. Ese es el grito de los libertadores: se llamaron Túpac Amaru, Castilla, Piérola o Mariátegui, y tendrán otros nombres todavía, pero siempre su actitud significará, por sobre todo, una pertinaz reclamación de justicia y bienestar general. Estamos en condiciones de prever hacia dónde marchamos.

Es dable dividir, por eso, a los peruanos en dos grandes grupos: los que, consciente o inconscientemente, aceptan la falaz fatalidad del “país que no tiene compostura”, y los que, por convicción o amor, saben que el Perú, para usar una expresión semejante a la anterior, está componiéndose contra todos los intentos negativos. Los primeros son aquellos que mantienen, casi siempre por la fuerza, el estado de cosas injusto, la autoridad intolerante, el rigor caprichoso, la voluntad individual por encima de la colectiva. Los segundos son todos los que, en la derecha o en la izquierda, buscan la realización del sino con que la patria nació. En esta justa no puede haber otros vencedores que los que encarnan la verdad peruana, y la verdad peruana se llama libertad.

Seguramente quienes hoy vivimos y actuamos no somos historia propiamente dicha. El Perú no protagoniza el drama del mundo presente. Mientras la humanidad debate otros conflictos, nosotros estamos en la escena inicial. Aunque así sea, tenemos una obligación primordial: intervenir en la existencia que nos ha tocado, sin vacilaciones, decididos a llevar a la patria a su finalidad. Tal participación nos hará dar, en aras del Perú, la seguridad, el provecho, la libertad y aun la vida. El precio es bajo si por lo que nosotros perdamos nuestros hijos ganarán el premio de un país enorgullecedor. La crisis que nos desgarrará será contemplada entonces como la nebulosa original de una gran promesa.

Publicado en *La Prensa*, 7 de mayo de 1956, p. 16.

El Perú que queremos

Pertenezco a una generación que ha tenido un signo político, pero que, por los azares de la vida nacional de los últimos quince años, nunca pudo expresar con amplitud y confianza su anhelo democrático, que, es también, afirmación de fe en la posibilidad del bienestar y el progreso dentro de la libertad. Salí del colegio —donde apasionados por el particular problema de su patria, algunos maestros trataron de inculcar a varias generaciones el virus fascista— y llegué a la Universidad desorientado y confundido, aunque, al igual que todos los que en ese tiempo bordeábamos la veintena, cierta reserva vital nos defendiera de la crisis y el fracaso moral.

En la Universidad, en cuyas cátedras prevalecía la rutina y el ocio, tuvimos el primer campo de acción. Una fuerza consolidada y corpórea, el aprismo, supo tentarnos con su programa de rebeldía y renovación, como también algunos grupos nacionalistas, sin precisa definición, pero con ánimo revolucionario, nos invitaron a participar de su inquietud. Caíamos en uno u otro lado, porque ambas tendencias poseían el común denominador de condenar la política vigente, de reprobar su mezquindad, su conformismo, su inescrupulosidad, su indigencia ideológica. Fuimos, me parece que unánimemente, antibenavidistas y antipradistas, en cualquier bando en que nos hallásemos.

El fin de la guerra mundial, la derrota de los totalitarismos, el fortalecimiento de las democracias, todas las consecuencias benéficas de los sucesos internacionales que culminaron con la paz, trajeron el aire saludable que empezó a soplar en el segundo semestre de 1944. Hasta este instante, en la vida estudiantil, en el contacto con la opinión mayor, en la lectura de los libros nacionales y extranjeros que contenían una lección, en la relación con la existencia corriente y dramática del pueblo, había-

mos estado aprendiendo todo aquello que la mayoría de los profesores que ocupaba las tribunas de San Marcos no sabía o no quería decir: el país, tal como está, es una falsificación, un fraude.

No nos equivocamos

El 45, por primera vez, salimos a la calle formando parte de la multitud. Ese año intervinimos en la lucha electoral, gritamos nuestros sentimientos políticos, sacamos la cara contra las amenazas policiales, y votamos. Votamos, por la Democracia. No creo que nos equivocamos. Fuimos víctimas aunque no lo notáramos, de un engaño, porque todo lo que se nos había prometido —el APRA con su vocinglería, los políticos tradicionales con su mentido acatamiento del resultado electoral, los políticos nuevos con su ingenuidad— no se cumplió. Durante todo el tiempo que pudimos, blandimos nuestra esperanza contra el terrorismo callejero, la detonante demagogia, la politiquería mañosa, la amenaza dictatorial, hasta que se produjo la quiebra del 48.

Lo que viene de ese año a hoy, lo sabemos demasiado bien. Pero, a pesar de la peripecia, queda en nosotros, a quienes nunca se nos dio la oportunidad de comenzar a construir el Perú que queremos, la fe inicial. Fe que es, primero, en el destino del país, y, después, en la Democracia como la mejor fórmula para la respetuosa y feliz convivencia de todos. No es que nadie personalmente crea en la posibilidad de restaurar el paraíso o establecer la vieja utopía de la comunidad perfecta, pero sí que se trata de llevar a la patria por el verdadero camino, para emprender el cual fue fundada.

Queremos, sin duda, un Perú sin miedo. Por cierto que mi generación sabe —tal cual lo saben otras anteriores y las que actualmente están abriendo los ojos como la mía hace diez o quince años— que sobre su cabeza pende el peligro de la persecución y la violencia a la manera de la espada de Damocles que evocara un político del régimen presente para designar precisamente el instrumento del terror. Y al querer un Perú sin miedo, queremos un Perú con pensamiento libre, en el que ser rojo, negro o blanco no signifique ser bueno o malo, social o antisocial, privilegiado o víctima. Lo cual significa, también, un Perú con justicia.

Hemos sido amamantados con la visión de obras monumentales y suntuosas, procurando satisfacer todos nuestros deseos con una escenografía cinematográfica, pero no nos ha sido difícil mirar detrás de esos trastos y conocer al obrero explotado y al indio despojados, al paria popu-

lar viviendo en sus efimeros refugios, comiendo sus mendrugos, soportando el peso de la ignorancia, sin perder su bondad, su hombría, su espíritu. ¿Es acaso necesario reflexionar mucho para llegar a la conclusión de que la política ha sido hasta hoy un asunto de espaldas al país real?

Convivencia justa

Al pedir un Perú con justicia, pedimos un Perú con cultura. Y la cultura no es, como algunos creen, un lujo que se puedan dar sólo los ricos y los perezosos. Es absurdo que la educación termine en la escuela o el colegio —para los que pueden llegar a la escuela y alcanzar el colegio— y que culmine, como simple preparación profesional, en la Universidad, porque la cultura nunca termina de adquirirse. Ella es tanto los conocimientos como la cordura para comprender que todos tienen derecho a pensar y actuar siempre y cuando no rebasen, en lo segundo, los límites de lo lícito. Todos, es decir, el pobre y el rico, el negro y el hijo de asiático, el conservador y el aprista. Esta aceptación de la libertad ajena es fruto de la cultura, fruto de lo que se lee en los libros, se ve en los cuadros o se oye en los conciertos.

No demandamos un orden celestial, sino el orden que otras naciones semejantes a la nuestra han conseguido fácilmente: la convivencia justa, serena, segura, emanada de la comunidad de intereses que mueve a los ciudadanos de un país, los cuales, por más grande que sea su egoísmo, saben en un momento dado deponer sus ambiciones personales y anteponer a ellas el bienestar de la mayoría o la totalidad. Esto que hasta hoy tan pocas veces hemos hecho los peruanos y que los políticos del momento no han sabido realizar. No queremos que gobierno sea repartición de prebendas y situaciones cómodas, sino, ante todo, celo sacrificado y permanente por el presente y el futuro patrio. Que cada generación entregue a la otra un legado con el compromiso de acrecentarlo y fortalecerlo: he allí una consigna que anhelamos se imponga para siempre.

Desde hace 134 años

En el fondo no clamamos por otra cosa que por el cumplimiento de aquella “promesa” que Basadre ha descubierto en la vida peruana. Tal es lo que ha pedido mi generación, esa que ahora paso los treinta años ya con el temor de que no se le dará ocasión para rendir todo lo que es capaz, esa

que no ha encontrado un conducto para manifestar su voluntad de trabajo a favor de la sociedad, esa que amaneció, por culpa de quienes debieron conducirla, sin derrotero fijo; esa que el 45 levantó una bandera limpia y sincera, que fue arriada por la debilidad de unos y la voracidad de otros; esa que el 50 fue defraudada, esa que ha callado, pero no se ha vendido; esa, en fin, que este 56 vuelve a agruparse para intentar de nuevo el encauzamiento del Perú hacia una verdadera finalidad. Una finalidad que no es otra que la que, hace más de 134 años, los Libertadores vislumbraron en el humo y la pólvora de la primera guerra peruana contra la autocracia.

Publicado en *La Prensa*, 2 de enero de 1956, p. 8.